

la adulacion. Y cuando esto acontece á los hombres de más gravedad, ¿habíamos de reputarlo como delito, tratándose de la mujer?

Ante todo, justicia; y no vayamos á considerar como privativa de la mujer una mala cualidad que aprende del hombre, y que el hombre se empeña en que no olvide.

Hablemos siempre verdad á las mujeres, y arruinaremos el imperio de la coquetería.

La mentira que en boca de las solteras puede ser funesta, es funesta de seguro en boca de las casadas. La paz del matrimonio jamás puede descansar sobre la mentira; porque la mentira es la negacion, y la negacion no es base; es el vacío.

Escuche siempre la verdad en su rededor la mujer casada, y se arruinará el imperio de la discordia en los matrimonios.

Una proposicion, y concluimos. Para convencernos de si es curable ó no la propension á mentir que el hombre tanto deplora y censura en las mujeres, ¿quereis, lectores, que hagamos un ensayo por nuestra cuenta?

¿Quereis que probemos á no engañar á las mujeres, á usar con ellas por espacio de algunos dias el lenguaje de la verdad?.....

CAPITULO VIGESIMO TERCERO.

EL ESTUDIO.

I.

¿Por qué las mujeres no habian de acudir á universidades y recibir grados y ejercer profesiones científicas é industriales?

Ignoramos si algun escritor ha dirigido al mundo esta pregunta; lo que sabemos de cierto es que la ha dirigido una escritora.

El mundo, como es natural, no ha contestado.

Dotada está de razon la mujer; memoria tiene para conservar; entendimiento para conocer; voluntad para decidirse, y mucho corazon para sentir: puede estudiar; puede saber: que estudie y que sepa; ábranse universidades para las mujeres; confiéranseles grados; que ejerzan profesiones científicas é industriales.

¡No te rias, lector! El asunto es serio. No te asustes, lectora; se trata de una utopia.

Lector, ¿qué juzgas preferible para tu sexo; discutir con las mujeres una cuestion de filosofia ó de matemáticas, ú olvidarte al hablar con las mujeres de que existe la filosofia y de que hay en la tierra matemáticas?

Lectora, ¿qué te parece más halagüeño para tu sexo; exponerte casi siempre, tras de saber mucho latin y muchos libros, á ser vendida por un sábio cualquiera, ó tener la seguridad, sin latin y sin libros, de avasallar á los sábios de mas nombre?

El mundo cuenta muchos siglos de antigüedad; y en la serie de esos siglos, las mujeres *sábias* vienen figurando como excepcion de la regla.

Descartes juzgaba á las mujeres más á propósito que los hombres para el estudio de la filosofia.

Recuérdese que no há mucho hemos consignado este principio: la filosofia es la gran curiosidad de todas las cosas; la curiosidad superlativa. Antes habiamos escrito que la historia de la curiosidad es la historia de la mujer.

Circunscrita como está la sabiduria al sexo fuerte, el mundo científico se agita en la confusion: extiéndase la sabiduría al sexo débil, y el mundo científico se convertirá en una torre de Babel.

El secreto de las mujeres no ha sido ni debe ser nunca saber mucho, sino conocer mucho; y el mucho conocimiento no se adquiere solo en los libros de los filósofos.

Esos libros crean de ordinario caracteres tétricos y meditabundos, constituyen á sus apasionados en seres que se aislan de sus semejantes, que pierden de vista el mundo de la materia por pasearse á sus anchas en los espacios de la abstraccion metafisica.

Es fuerza que las mujeres sepan que el clima de esos espacios es poco saludable; en él peligran la vivacidad del rostro y la tersura de la frente; se habla poco y se medita mucho; funciona la inteligencia y descansa el corazón.

Las que pedís sabiduría para vuestro sexo, reparad en lo que pedís: figuraos un matrimonio en que el marido resuelve problemas de matemáticas, y la mujer estudia las *categorías* de Aristóteles; ó más bien, figuraos los hijos de ese matrimonio.

Dejad que el hombre, organizado física é intelectualmente para el trabajo, cumpla en la tierra su mision; vuestras manos son muy delicadas; la vivacidad de vuestro rostro y la tersura de vuestra frente peligran en el frio clima de la abstraccion metafisica.

Dadas las condiciones de la actual sociedad, no es preciso que la mujer sea sábia; basta con que sea discreta; no es preciso que brille

como filósofa, le basta con brillar por su humildad como hija, por su pudor como soltera, por su ternura como esposa, por su abnegación como madre, por su delicadeza y religiosidad como mujer.

II.

El estudio de las bellas letras es más simpático al carácter y condiciones de la mujer.

La historia literaria de todas las naciones registra en sus páginas nombres muy ilustres de escritoras que son honra de su patria y de su sexo. Las acatamos de todo corazón: las poetisas, son las flores más bellas del Parnaso: las poetisas, si realmente merecen este nombre, son las verdaderas musas vivas, son hijas legítimas de la inspiración.

En los poetas cabe falsificación, pues aunque dice la comun sentencia que *nacen* y *no se hacen*, el mundo está lleno de vates que así nacieron para serlo como el pavo para cantar: en las poetisas apenas existe aquel riesgo: por lo regular amanece su estro revelándose en un tesoro de poesía antes de que su inteligencia sepa los versos de que consta un soneto y las reglas á que se sujeta la asonancia.

En la poesía y en la novela, y en todas las obras de imaginación, la mujer ha producido

frutos literarios de mérito indisputable; pero su amigo del alma y su enemigo íntimo, el hombre, ya que no del mérito *indisputable* de tales frutos ha querido dudar de la sinceridad que los produce y de los propósitos á que deben origen.

Un libro y un baile, ha escrito cierto autor (cuyo nombre no hay para qué entregar al terrible enojo del sexo bello), viene á ser cosa idéntica: ni en el uno aparece la mujer con su espíritu, ni en el otro con su tez.

Observa Alfonso Karr con extrañeza que hay muchas mujeres que quieren más hacer versos que inspirarlos; que prefieren el carácter de falsos sacerdotes al de ídolos; que bajan del altar y arrebatan el incensario á sus fanáticos admiradores.

Consecuente con su opinion el mismo autor, ha formulado esta máxima: la mujer que se dedica á escribir, aumenta el número de los libros y disminuye el de las mujeres.

En esta serie de juicios no hallamos toda la exactitud apetecible.

La mujer que compone versos, por el hecho de componerlos no deja de inspirarlos: si sobre ser poetisa es bella y buena, no cambia por el de sacrificador su carácter de ídolo; antes bien acrecentará sus títulos á la admiración: ni arrebatara el incensario á los admiradores, los cuales, si lo son de buena fé, nunca la envolverán en una nube de perfumes.

que la asfixie: ni, por último, la mujer que se consagra á las letras se da de baja en las filas de su sexo; que el sexo femenino dotado está de razon; memoria tiene para conservar; entendimiento para conocer; voluntad para decidirse, y mucho corazon para sentir.

El sentimiento de lo bello, la idea de lo grande y de lo sublime brotan en el alma; y el alma no tiene sexo.

Es inútil fijarse en los signos frenológicos. La cabeza de Mad. Stäel era menor en proporciones que la cabeza de una mujer regular.

Y fué una de las *mayores* cabezas de su siglo.

III.

Mucho han escrito las literatas; pero mucho más se ha escrito acerca de las literatas. Se necesita todo el talento de las que en realidad son mujeres de talento, para no abatirse y sucumbir ante esa especie de cruzada que en ciertas épocas han sostenido los críticos adustos contra las autoras de versos y de libros.

Nosotros daríamos todas las obras de esos críticos adustos por un solo capítulo de Santa Teresa de Jesus.

Los versos y los libros que las mujeres escriben y publican, son otros tantos datos auténticos con que contribuyen á la verdadera historia de los progresos de la humanidad; son revelaciones importantísimas de los llamados misterios de su corazon.

Porque, como dice un autor moderno, las escritoras podrán tener y superar el talento de los hombres; pero les queda siempre el corazon de mujer.

Con un talento á veces inmenso y un corazon siempre tierno y delicado, han producido las mujeres, y por dicha producen en nuestro siglo, obras literarias que no solo aplaude nuestro siglo, sino que vivirán con gloria en los futuros.

Los partidarios de la rueca y de la aguja, entre los cuales suelen contarse filósofos muy famosos, censuran siempre el estilo de las literatas; si es dulce y sencillo, por lo que tiene, á su decir, de gazmoña hipocresía; si es vigoroso y arrebatado, por lo que afecta de ridícula virilidad; la mujer nunca escribe bien ni con verdad para los que entienden que la mujer no debe escribir nunca.

¡Injusticia notoria! Las mujeres deben tener expedito el derecho de escribir; más todavía, algunos libros escritos por insignes mujeres parecen obras providenciales caídas en medio de la humanidad para darles avisos

provechosos, para protestar contra funestas preocupaciones.

Hablamos de las mujeres á quienes hizo merced la Providencia de un verdadero talento; hablamos de las literatas y poetisas en la legítima acepcion de la palabra.

Moliére y otros eminentes dramáticos han ridiculizado el tipo de la marisabidilla; pero no el de la literata y poetisa; á la manera que nuestro insigne Moratin ridiculizó la mogigatería, ensalzando siempre la honradez sincera y la virtud real.

IV.

En nuestro actual sistema de educacion, y aun de vida, es muy difícil que broten mujeres de vocacion directa hácia los estudios sérios; pero si brotan y se dan á conocer, serán por extremo cobardes los críticos que las desalienten, y por extremo egoistas los sábios que las menosprecien.

Creemos que una regular instruccion, ni tan presuntuosa que raye en el orgullo de las letras, ni tan humilde que toque en la ignorancia de las últimas capas sociales, basta á la mujer para llenar sobre la tierra su noble mision de hija obediente, de esposa fiel y de madre tierna y próbida.

Como excepciones admitimos y respetamos á las ilustres escritoras que á la vez que honran á su sexo declarándolo capaz de los más altos vuelos de la inteligencia, honran á su pais, y llenan las páginas más brillantes de la literatura nacional.

Así viven al través de los siglos y de las vicisitudes Safo y Aspasia, Cornelia y Cenobia; así vivirán también las escritoras de la edad moderna.

Cuando la ciencia se engasta con la virtud, admira el mundo á Fabiola, hoy doblemente admirable como ilustrada por la pluma del gran Wisseman; á Marcela y á Eustoquia en el siglo del doctor máximo San Jerónimo; y algunos siglos despues, á la gran escritora Teresa de Jesus y á la inspirada poetisa americana sor Juana Inés de la Cruz.

Los que tienen en poco la inteligencia y las facultades todas del sexo débil, mediten siquiera un instante en esas mujeres extraordinarias.

Los partidarios intransigentes de la rueca y de la aguja, que se fijen en un libro cualquiera de Fernan Caballero; que se dignen leer una escena de *Alfonso Munio* ó un capítulo de la *Sigea*.

en el solo: el yo de la mujer, no es como el yo
estático del hombre, la expresión de un indi-
viduo: la mujer no dice yo nunca sin pensar
á la vez en otro ser ó en otros seres que son
parte de su existencia: el egoísmo del hom-
bre supone siempre la soledad y la individuali-
dad.

CAPITULO VIGESIMO CUARTO.

LA ARTISTA.

Dice un autor moderno que las mujeres
son artistas por temperamento. Como al ar-
tista, las conmueve y embriaga todo lo que
brilla; como al artista, les pesa el mundo de
la realidad; pero en una cosa notable exceden
y sobrepujan al artista: de este puede de-
cirse que en el entusiasmo, en el amor mis-
mo, no vé más que la gloria, es decir, no vé
más que así propio: la mujer en la gloria no
vé más que el amor, es decir, no vé más
que á otro. El artista ama lo bello, se entusiasma con
lo bello; puede vivir y vive sola la vida del
génio, paseándose como soberano en el alcá-
zar de oro de su imaginacion. No así la mujer: la mujer no piensa nunca

Como excepciones admitimos y respetamos
á las ilustres escritoras que á la vez que hon-
ran á su sexo declarándolo capaz de los más
valiosos frutos de la inteligencia, honran á su
país; y honran las páginas más brillantes de
la literatura racional. Así viven al través de los siglos y de las
vicisitudes de España y América, Cornelia y Gene-
vieve; así vivieron también las escritoras de la
edad moderna. Cuando la ciencia se concierta con la virtud,
admira el mundo á Fabiola, hoy doblemente
admira como ilustrada por la pluma del
gran Wiseman; á Marcela y á Faustina en
el siglo del doctor máximo San Jerónimo; y
algunos siglos después á la gran escritora
Teresa de Jesús y á la inspirada poetisa an-
toniana. Los partícipes intrínsecos de la virtud
y de la aguja, que se fijan en un libro, cual
indica de Fernán Caballero; que se dignen
de leer una escena de Hércules y un capi-
tulo de la Biblia. No así la mujer: la mujer no piensa nunca

en sí sola: el *yo* de la mujer, no es como el *yo* satánico del hombre, la expresión de un individuo: la mujer no dice *yo* nunca sin pensar á la vez en otro ser ó en otros seres que son parte de su existencia: el egoísmo del hombre supone siempre la seca y fría individualidad; el egoísmo de la mujer es siempre un plural sublime que no saben traducir los gramáticos ni los retóricos.

Los que creen que toda mujer es una actriz, no es mucho que se imaginen que el amor y el matrimonio son un espectáculo, donde los concurrentes compran á precio exorbitante el derecho de aplaudir y de silbar.

Si el engañar fuera instinto de la mujer, como ha dicho algun crítico adusto, conven-gamos en que el hombre, apropiándose ese instinto, lo ha elevado á la categoría de talento.

¿Habeis oido los dulces trinos del ruiseñor en noche serena de primavera? Toda la naturaleza está en calma: apenas mece el viento las copas de los árboles: el ambiente de los prados se purifica y perfuma con la esencia de las flores: brilla la luna en el limpio y terso azul del firmamento: y en ocasion tan solemne, como espiando el instante en que ningun otro ruido pueda turbar el reposo de la creación y el poético misterio en que se envuelve la naturaleza, el enamorado ruiseñor, el inimitable artista de los bosques y las en-

ramadas, interrumpe el silencio de la noche y llena los espacios con melodías tan suaves, con ecos tan variados y melancólicos, que por él, pobre avecilla de los campos, comprende y quiere percibir el alma otras más altas, más arrebatadoras é inacabables armonías.

¿Y sabeis dónde canta y por qué canta el ruiseñor en noche tranquila de hermoso mayo? Canta en lo más oculto del árbol; junto al nido de su compañera, cuyo sueño quiere guardar y hacer grato con sus dulcísimos trinos, con aquellas notas delicadas y aquellos tonos variados que ni humano oído ni humano instrumento son capaces de alcanzar ni de reproducir.

El ruiseñor vela cantando mientras duerme su pareja. El hombre mientras duerme la mujer, medita en los medios de engañarla cuando despierta.

El hombre canta á la manera del ruiseñor; aunque no tan bien como el ruiseñor, al lado de su pareja; pero no es para hacerle mas grato el sueño, es para que sueñe sin dormir; es muchas veces para inducirlo al desvanecimiento, á la ficción y al engaño.

Quando la mujer dá un carácter artístico y teatral á su manera de ser y de vivir, no atribuyamos el fenómeno ni al temperamento ni al instinto, como dicen los autores: atribuyámoslo á que probablemente han tras-

tornado aquel cerebro los cánticos inoportunos de la lisonja y de la adulacion.

Pero si en vez de estos molestos arrullos han entretenido los sueños de la mujer los ecos dulces y armoniosos de la verdad, en vez de trastornarse el cerebro se habrá dilatado el corazon: y el corazon de la mujer, cuando la vanidad no lo pervierte, cuando la pasion no lo corrompe, es tesoro de nobles y tiernos y delicados sentimientos: y el sentimiento es la vida del arte.

El hombre artista, es artista una vez: la mujer artista, es artista dos veces: una, por el arte misma que cultiva; otra, prescindiendo de toda aplicacion, de toda manifestacion sensible de la belleza, por su innato amor á lo bello y á lo grande, por los magníficos vuelos de su alma, por los alientos generosos de su corazon.

II.

La mujer puede llevar con gloria sobre su cabeza todas las coronas que en el mundo simbolizan todas las majestades.

Coronas de oro y pedreria que representan la majestad del poder; coronas de laurel que representan la magestad del génio; coro-

nas de flores que representan la majestad de la virtud triunfante.

La historia responde por nosotros: en todas las edades hay escrito el nombre de alguna gran reina: en todos los anales religiosos hay escritos nombres de inmortales heroínas de la fé: en todas las esferas del arte, en todas las manifestaciones de la belleza aparece, difundiendo resplandores de luz, el génio de la mujer.

Si es verdad que hay en su corazon, como dice algun apologista, una fibra de más, la fibra del sentimiento; si es verdad que la mujer piensa y quiere y obra con el sentimiento, no hay por qué nos maravillemos de que el arte y la mujer sean hermanos gemelos.

¿Qué mucho, preguntan algunos espíritus vulgares, qué mucho que os parezcan admirables algunas actrices, si á la mujer, para ser gran actriz, le basta con ser mujer?

Los que tal dicen, ni conocen gran cosa las dificultades del arte escénico, ni dan señales de ser mucho más fuertes en achaques de sentimiento.

No hay nada más admirable que la habilidad de una actriz que sea buena actriz, por lo mismo que no hay nada más distante entre sí que las ficciones artísticas de la mujer en el teatro y las ficciones sociales á que en la vida práctica se vé obligada la mujer por virtud de la educacion que del hombre recibe.

¿Y qué diremos del canto? La union del canto y de la ternura están de tal modo en la naturaleza de las cosas, que no existe, segun Lemontey, una buena cantatriz que no sea en sus afectos apasionada. La expresion no puede adquirirse ni imitarse; es sólo el amor quien la dá: el canto y el amor ejercen uno sobre otro accion recíproca; y si muchas veces sucede que se cante porque se ama, sucede más veces todavia que se ame porque se canta.

Dice un autor moderno que el amor es el negocio de la bailarina, el sueño de la actriz, la vida de la cantante.

Y aunque el mismo autor haya dicho que en las mujeres consagradas al arte el amante es un dios; pero la apostasía no es un crimen, no todo lo que dicen los autores ha de tomarse como artículo de fé, mucho ménos tratándose de juzgar á las mujeres.

La pintura, dice Mad. Girardin, es una especie de emancipacion para las jóvenes, por cuanto les dá el derecho de mirar cara á cara á los hombres: si yo tuviera una hija, añade, pintaria sólo paisajes.

Aplicuese á las autoras lo que antes hemos escrito acerca de los autores.

La mujer artista, dicen por último, es una excepcion de la regla, es un fenómeno; precisamente es todo lo contrario: la mujer que no esté organizada para las artes, que no llo-

re en el teatro, que no sienta conmoverse las fibras de su corazon al influjo de la mujer, que no se estremezca á la vista de un cuadro terrible, ó al simple relato de una accion inhumana, es una excepcion de la regla, es un fenómeno; y el número de los fenómenos no es largo, por fortuna, en la naturaleza.

La mujer es el gran amigo del arte, como el arte es el gran amigo de la mujer.